

R-15795

El Adelanto Cacerense

SEMENARIO ILLUSTRADO

AÑO I.

CÁCERES 19 DE AGOSTO DE 1897.

NÚM. 1.º

REG. D. N.º 1.º
B. N.º 1.º
AL INSTITUTO

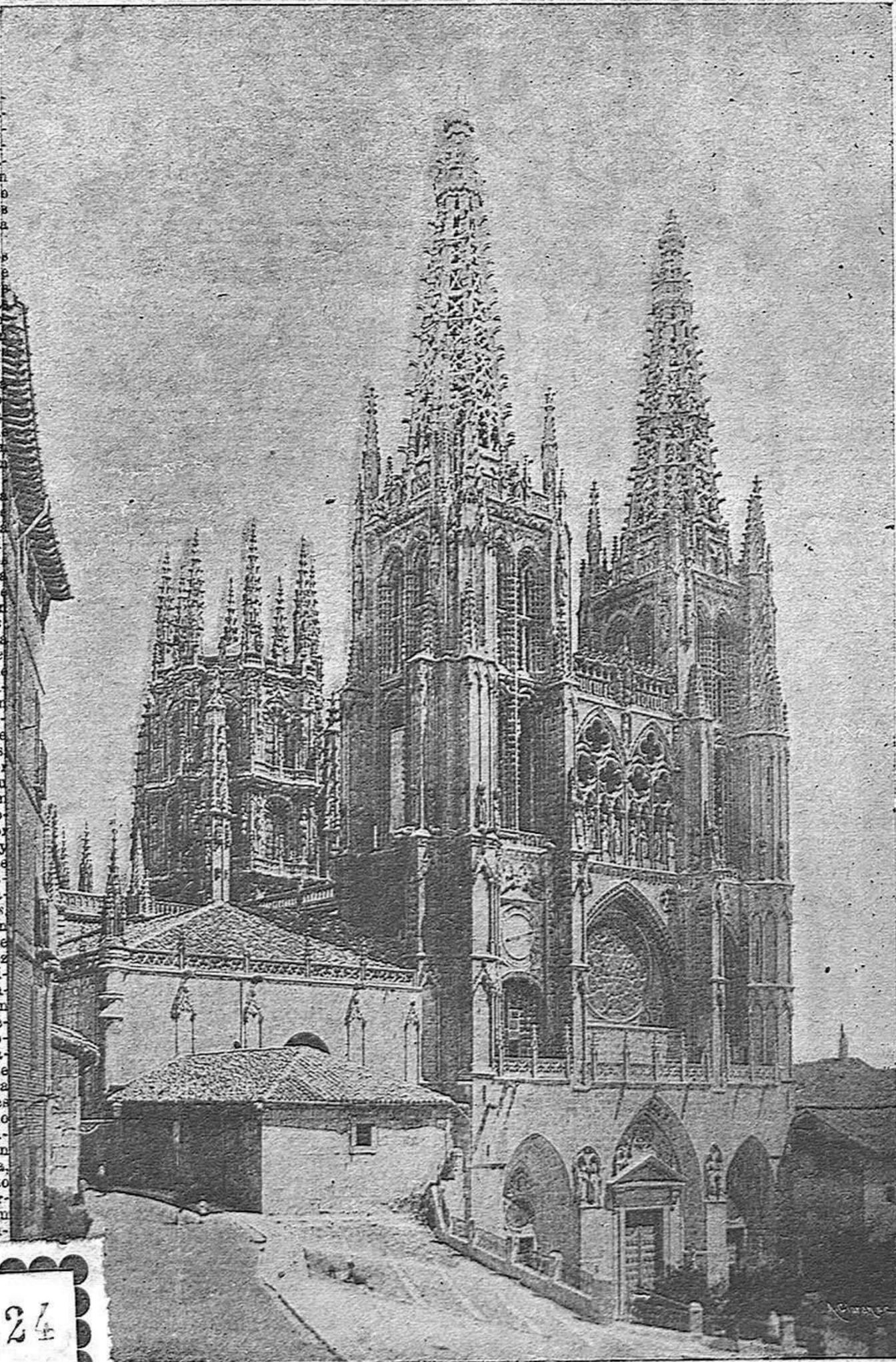
ESPAÑA MONUMENTAL

Al público.

Toda publicación, al nacer, viene obligada á manifestar inmediatamente quién es, de dónde viene y á qué fines aspira: tal es la costumbre.

Convengamos empero en que tal costumbre es una de tantas anomalías como se vienen cometiendo en este mundo traidor, que dirige nuestro colaborador Don Ramón el de las *Docturas*. En efecto: Haga usted preguntas de esta ó otra índole cualquiera á un recién nacido, y lo menos que le dirá la mamá es que ustedes están *desquilbrados*; háganlas á la persona que tiene el gusto de hablar por primera vez con ustedes y pasarán la plaza de imprudentes á través por fin á ensayar su curiosidad en tal sentido sobre un delator de sí propio y probablemente se han conquistado el calificativo de estúpidos.

Pues bien, un periódico que por primera vez ve la luz pública es un recién nacido, á quien en lugar de pedir explicaciones, se ha de hacer toda clase de *mimitos*, para que no llore; es un desconocido que, al presentarse en el mundo de la prensa, sólo por esto merece ya cortesías y deferencias, no abru-



desgraciado que, huyendo de las tibias regiones de la nada, ha venido al ser con la obligación de darse poco á poco á conocer á cuantos le tratan y con él se familiaricen. No existe pues razón alguna que autorice ciertos abusos de confianza que la costumbre ha introducido típicamente.

Averigüese en buen hora la procedencia y fines de ciertos extranjeros que, pareciendo personas decentes, resultan más tarde vulgares asesinos, pero déjenos en paz á cuantos, siendo españoles y cacerenses, somos incapaces de faltar á la honradez y sanos principios que recibimos de nuestros padres.

Creemos haber dicho bastante, y para terminar, enviamos nuestro sincero y cordial saludo á la prensa en general y muy especialmente á la cacerense, que con tanta fé trabaja por la prosperidad y adelantamiento de esta olvidada ciudad.

Ahora, con el sombrero en la mano, el cuerpo encorvado y con una inclinación de cabeza á cada una de las clases sociales, retirámonos á trabajar, repitiendo estas palabras propias de toda persona bien educada.

—Servidor de ustedes.

La Redacción.

12424

Actualidades.

CÁNOVAS

No se oye otro nombre en todos los labios que el apellido del ilustre repúblico; no se habla, ni se hablará en muchos días de otro asunto que del audaz atentado que priva á España de una de sus «primeras cabezas»; ni hay otro tema en todos los cerebros españoles que el tristísimo suceso.

Es, por consiguiente, la única *actualidad*, abrumadora como los hechos, dolorosa como un asesinato, terrible como la venganza y aterradora como lo improvisado, que nos ofrece la realidad con sus miserias y sus tristezas, sus tribulaciones y sus penas.

No fué la vida de Cánovas una existencia vulgar ni acerca de sus 68 años puede escribirse la incolora biografía que de tantos otros gobernantes españoles se ha escrito.

Cánovas, más que un político, fué uno de esos privilegiados seres que el insigne autor inglés llamó en su libro «hombres de energía y de coraje», de temple y de talento, de voluntad irresistible, firme, constante y fuerte y de intelecto claro y rectitud de ideas. Lo que se llama *un carácter* en la acepción más hermosa de la palabra.

Aparte tendencias políticas que no podemos ni queremos discutir, pues no es esta ocasión sino de descubrirse ante el genial estadista y no de dar conferencias acerca de Derecho político, ello es que Cánovas, *español* hasta la médula de los huesos, aún era una esperanza de la patria y un genio realizado.

Dicen los chinos en una de sus más intencionadas frases, cuando quieren maldecir á una persona: «¡Ojalá te llegue pronto la hora de las alabanzas!»

Los hijos del celeste imperio, como los árabes en otra análoga expresión, aluden á la muerte.

Ahora, ante la fosa, aún abierta en el cementerio de San Isidro, han empezado las justas alabanzas y los merecidos elogios.

—¡Dios te libre del artículo necrológico!—decía á sus amigos Rodríguez Correa.

Ahora han escrito, reivindicando la memoria de Cánovas, muchas plumas que osaron hacer mella en su talento.

* * *

Y es, que en esta obra de justicia, ha influido no poco lo horrendo del crimen.

Hubiera sido el jefe del Gabinete español arrebatado por una de esas olas de las revueltas multitudes; sucumbiera en manos del pueblo que no individualiza sus venganzas, y por lo mismo se convierte en anónimo verdugo; cayera de su pedestal, roto en mil añicos por el fuerte choque de una opinión vigorosa, que más fuerte que la suya hacía rodar al abismo su privilegiada cabeza, y el infame crimen no hubiera sido tan execrado ni tan abominable.

Pero meditar un asesino el lúgubre plan, pensado con minuciosidad aterradora; esperar friamente para realizarlo el momento oportuno; caminar largas horas para llegar á la proximidad de la víctima; aguardarla apostado como la fiera que espera agazapada y oculta el paso de su presa para arrollarla y darla muerte de un modo sanguinario y cruel, no es digno de hombres, sino de bestias.

¡Qué horrible ceguera la de algunos espíritus y qué cruel vacío el de algunos corazones!

Podrá no justificarse nunca el crimen; pero la crítica histórica podrá hallar las causas de la revolución que hace rodar el trono del rey francés para entregar la cabeza del monarca á la guillotina; pero nunca, ni el volteriano ni el positivista más exagerado podrá elogiar las puñaladas inferidas á César por la espalda.

Entre los ignorantes Bruto y Casio, que asesinan á mansalva, y la *Convención francesa* ó el sanguinario *Tribunal de salud pública* de París existe la diferencia que hay entre los seres racionales, con sus errores y sus preocupaciones, y los seres sin razón que matan por instinto, acaso por placer.

A mucho conduce la desesperación y la venganza, ¿pero qué ofensas son esas inferidas á los *españoles*, que tiene que venir á vengarlas un *italiano* cualquiera?

No, y mil veces no. El pueblo español, si se hubiera creído ofendido, bríos le sobran para defenderse: le faltan maldad y villanía para cometer asesinatos alevosos. Extranjero tenía que ser el desgraciado miserable que así turbara la vida política de este país tan leal y tan honrado, que acaso marque con un retroceso en su desarrollo político la nefasta fecha del 8 de Agosto.

* * *

No se concibe en un sér humano tamaño desconcierto intelectual que el que acusan los autores de estos horrendos crímenes.

Puede llegar á suponerse que nuble la inteligencia ó atrofe el corazón el brusco movimiento pasional ó la cruel persecución de la desgracia; que ciegue en un momento la sangre que salpica al rostro y la deshonra que execra un nombre... todo es dable en la humana imperfección.

Lo que no se concibe es que sea tan fuerte la obsesión del criminal que de su ser se borre por completo hasta el instinto de conservación, el último que se pierde, el primero que nace, el que se aprecia hasta en los animales más bajos de la escala zoológica, porque responde al egoísmo humano y á la propia necesidad.

Acaso en estos crimines, para que aún sean doblemente horrendos, se ha querido unir con la muerte de la víctima, la propia muerte del matador, y fundiendo en un mismo punto de aberración, asesinato y suicidio, se han roto los moldes de la Naturaleza.

Por eso el anarquista no huye, ni niega, ni trata de defenderse; harto sabe que da vida por vida, y tal vez en su locura cree cumplir mejor sus fines destructores, haciendo que él mismo sea destruido por la sociedad á la que él trata de destruir.

Su misión *negativa* se cumple mejor son 1 + 1 los seres que mueren.

¡Horrible error! No tienen, no, estos hombres la muerte del héroe; en vano pretenden emular á los mártires; los mártires mueren por la idea, y el caos anhelado por ellos no puede serlo nunca.

Es pretender con la muerte el sagrado derecho á la vida.

No son mártires; serán, como creo, unos sugestionados, unos degenerados ó unos locos; su firmeza es la del monomaniaco, pero no la del innovador.

De no ser así, ¡aún sería más horrible su triste condición!... El pretendido mártir se convertiría en criminal vulgar, cínico y malvado; en bestia humana que hay que destruir como á las alimañas venenosas.

Candela.

ADIÓS Á MI PATRIA

Desilusiones mil que con gran saña recibí sin cesar año tras año, hecho que por lo usual ya no es extraño, me hacen salir de mi querida España.

Me voy, pues, á buscar en tierra extraña un lenitivo á tanto desengaño, pues me han hecho en el alma tanto daño que la calma al dolor ya no acompaña.

Mas después de tantísimo desvelo, siempre queda al espíritu un consuelo, por más que ya la sangre esté revuelta.

Que aunque parece que me voy con calma, no hay tal; me voy, pero te dejo el alma. Conque adiós, patria mía, hasta la vuelta.

Eugenio de la Riva.

NOTA ARTÍSTICA



DOS HERMANAS]

CONTRASTE

A mi excelente amigo el eximio escritor José de Siles.

Junto á un árbol gigantesco,
testigo de otras edades,
que daba plácida sombra
con sus ramas colosales,
un tosco banco de piedra
alzábase en cierto parque.
Era una tarde apacible
y serena, hermosa tarde!
Para reponer mis fuerzas,
rendido de pasearme
me detuve en aquel banco
á descansar un instante,
y á mi lado, al poco tiempo,
por casualidad, á sentarse
llegó una joven pareja
que en sus risueños semblantes
demostraban que la dicha
dábales pleito homenaje.
Ella era una hermosa niña
de pie breve y lindo talle,
cara inocente y sonrisa
seráfica cual de arcángel;
él, un mancebo adiestrado
del amor en los combates:

ella, alegre y bulliciosa,
él decidor y galante.
Comenzaron un coloquio
dulce, como coro de ángeles,
que en mí despertó el deseo
y casi llegué á envidiarles.
Por lo que hablaban entonces
supe lo que hablaban antes.
¡El amor era su tema
y á fe que el tema era grande!
Y ella después de mil giros
bellos unos y otros hábiles,
le dijo amorosa: —«Mira,
que te quiero bien lo sabes,
pero nuestras relaciones
no seguirán adelante
ni un momento, desde ahora,
si no lo sabe mi madre.»
Y dicho esto abandonaron
sus asientos é imitándoles
dejé el hermoso paseo,
y entré de Madrid en sus calles.

Tregua y alivio á mis penas
buscando en las soledades
vagaba sin rumbo fijo
del Retiro por sus parques,
cuando en el más apartado

hallé á la pareja amante
aquella que hizo que un día
con envidia la mirase.
Caminaban silenciosos
ambos, como si buscasen
la solución de un problema
ó de un enigma la clave.
Al verlos, á mi memoria
vino al punto á reflejarse
el tierno y dulce coloquio
de aquella tranquila tarde.
Ella, rompiendo el mutismo,
habló con vivo lenguaje,
y juzgando por su gesto
que iba poniéndose acre,
el más lerdo adivinaba
que allí debía tratarse,
si no un asunto intrincado,
cuestión seria, cuestión grave.
Curioso seguí sus pasos,
y sin perder ni una frase,
cuanto hablaban, sin esfuerzo,
al fin conseguí escucharles.
El, con tono cariñoso,
dijo: —«No acierto á explicarme
por qué, vida de mi vida,
sufres tan hondos pesares,
cuando he jurado ser tuyo
y yo nunca juro en valde.»
A lo cual ella responde,
secando el llanto que sale
de sus hermosísimos ojos,
y dando un suspiro al aire:
—«Ni dudar de tu cariño
ni de tus palabras cabe,
que á ellas no falta jamás
todo aquel que honrado nace.
Pero, por Dios, sólo quiero...
¡que no lo sepa mi madre!
Enmudecieron; el sol
se ocultaba tras los árboles
y las sombras de la noche
á lo lejos dibujábanse,
mientras ellos se alejaban;
y yo absorto contemplándoles
pensé para mis adentros:
¡qué cambios el tiempo hace!

Andrés Rodajo.

TIPLES CÓMICAS



Sofía Romero.



EL CORONEL LÓPEZ ARTEAGA

ENTRE los muchos y valerosos soldados que pelean en el archipiélago filipino por la integridad del pabellón nacional, se destaca, entre glorias y laureles, la figura del bizarro coronel D. Francisco López Arteaga, cuyo retrato encabeza estas líneas.

Nació en Almansa (Albacete) el día 4 de Mayo de 1856.

En Septiembre del 75 salió oficial, demostrando ya su heroísmo en la campaña del Norte, donde obtuvo el empleo de teniente y la Cruz Roja de Mérito militar de primera clase.

En Octubre del 76 pasó á la isla de Cuba, ardiendo la primera guerra separatista, alcanzando por su comportamiento el empleo de capitán y una cruz por mérito de guerra. El año 78 volvió á la península, donde continuó prestando sus servicios hasta el 82, que fué destinado á Filipinas, donde sofocó la sublevación de la provincia de Antique. En 1890 regresó á la península y estuvo hasta el 92 que volvió á Filipinas.

Cuando en el año 95 comenzó la sublevación en Mindanao, figuró en varios ataques, en los que contribuyó muy eficazmente á la victoria alcanzada por nuestras tropas. Por hechos de guerra le fué concedido el empleo de comandante.

En Septiembre del mismo año fué encargado de la mayoría del setenta regimiento indígena y del depósito de transeuntes.

En Agosto del 96, y con motivo de la insurrección, fué comisionado por el Excmo. Sr. Gobernador general para organizar los quintos del depósito, y con 170 hombres batió y derrotó á los rebeldes de la provincia de Nueva Ecija, cuyo número ascendía á 3.000, y en ocho días quedó pacificada por completo aquella provincia. Una vez reforzada la columna pasó á Bulacán, tomando parte activa en todos los ataques que tuvieron lugar, obteniendo por su valor y arrojo el empleo de teniente coronel.

En esta situación estuvo en los combates de Augat, Montalbán y San Rafael, y siendo su comportamiento siempre el mismo, se le condecoró con las cruces Roja de segunda clase, pensiónada, y de María Cristina.

En Noviembre se quedó de gobernador civil de Bulacán y jefe de las fuerzas de esta provincia á las órdenes del excelentísimo señor general D. Diego de los Ríos, y en combinación asistió á la acción de Cacanín de Sile, donde, al demostrar una vez más su heroísmo, se le concedió el empleo de coronel.

El 28 de Abril, y en comisión de servicio, pasó á la península.

Gloria á los héroes que con su valor sin tasa defienden el pabellón nacional, y entre ellos gloria al coronel López Arteaga, honra y prez del ejército español y orgullo de sus paisanos.

EL ACORDEÓN

—Le digo á usted, compadre, que de aquella salimos bien, gracias al acordeón de *Panocha*.

—¿Pero qué fué ello?

—¡Cuenta usted, cuenta usted!—gritaron más que hablaron muchas voces,—y el vejete, arrellenándose en la butaca, narró lo siguiente:

Antoñuelo era un muchacho travieso como un diablo y enamorado como el que más. En donde él estuvo cuando fué chico, no dejó nunca juguete seguro, y cuando fué mayor y se creyó un hombrecito, pensó hacer juguetes de los demás, y se burló de grandes y de pequeños.

Aquel arbolito, que nació torcido, no llevaba trazas de enderezarse, y Antoñuelo tuvo que salir más que á paso de su pueblo.

Establecióse en otro muy lejos del suyo, y muy cerca de Madrid, y pronto comenzó á cortejar á cuantas mozas halló á mano.

Nosotros íbamos muy á menudo de cacería por aquellos andurriales, y tuvimos ocasión de ver muy de cerca las fechorías del mancebo.

Este sostenía relaciones amorosas, entre otras muchas, con Paca, una mocetona con cada ojo como este sombrero y la fortaleza de un roble; pero la chica se cansó de las charranadas de su novio, y rompió con él para siempre.

Antonio, sin embargo, era muy terco, y se propuso continuar á todo trance jurando y perjurando que mataría á la Paca en cuanto tuviera otro novio. A él no le haría nada, pero á ella...

La muchacha se echó á temblar, tanto más cuanto que por entonces se le murió su padre, aquel vejete que, con su acordeón en las manos, era la alegría del pueblo...

¡Con qué gracia y con qué desenvoltura aquel pobre anciano, casi ciego, tomaba el roñoso instrumento para mover las llaves con acompasadas presiones de sus dedos, de aquellos dedazos tostados por el sol y encallecidos por el trabajo del campo!

En una de nuestras excursiones venatorias, nos alojamos en casa de la Paca, que vivía con una antigua sirvienta.

Algunos calumniadores dieron en decir si yo andaba cortejando á la muchacha. Jamás me pasó por la imaginación.

Pero Antoñuelo, que era más malo que Barrabás, echóse á pensar el modo de cumplir su anunciada venganza, muy creído de que era llegado el momento.

Una noche abusó del vino más de lo que solía, se introdujo en la casa, y oculto en el zaguán, esperó que llegase la joven acariciando inciertamente la enorme faca que llevaba.

La muchacha, ajena al peligro que la amenazaba, subió el escalón de piedra, llegó cerca de Antonio protegido por las sombras, agitóse éste en el rincón, avanzó brillando el arma con el fatídico resplandor del acero, y...

Agudas, estridentes y chillonas, sonaron las notas de una habanera en el acordeón que fué del padre de Paca, y convulso y agitado, cayó Antonio de rodillas implorando perdón.

En su alcoholismo había visto aparecer en la puerta la figura del viejo, tocando muy tranquilo aquella misma habanera que siempre sonaba en los oídos del criminal, la misma que tocó la noche en que él conoció á la Paca.

—¿Y cómo fué eso?—preguntaron todos al narrador.

Y él respondió:

—Pues nada, que el acordeón del difunto Panocha, que estaba colgado hacía dos años en la pared, le descolgamos, y Pérez se puso á tocar...

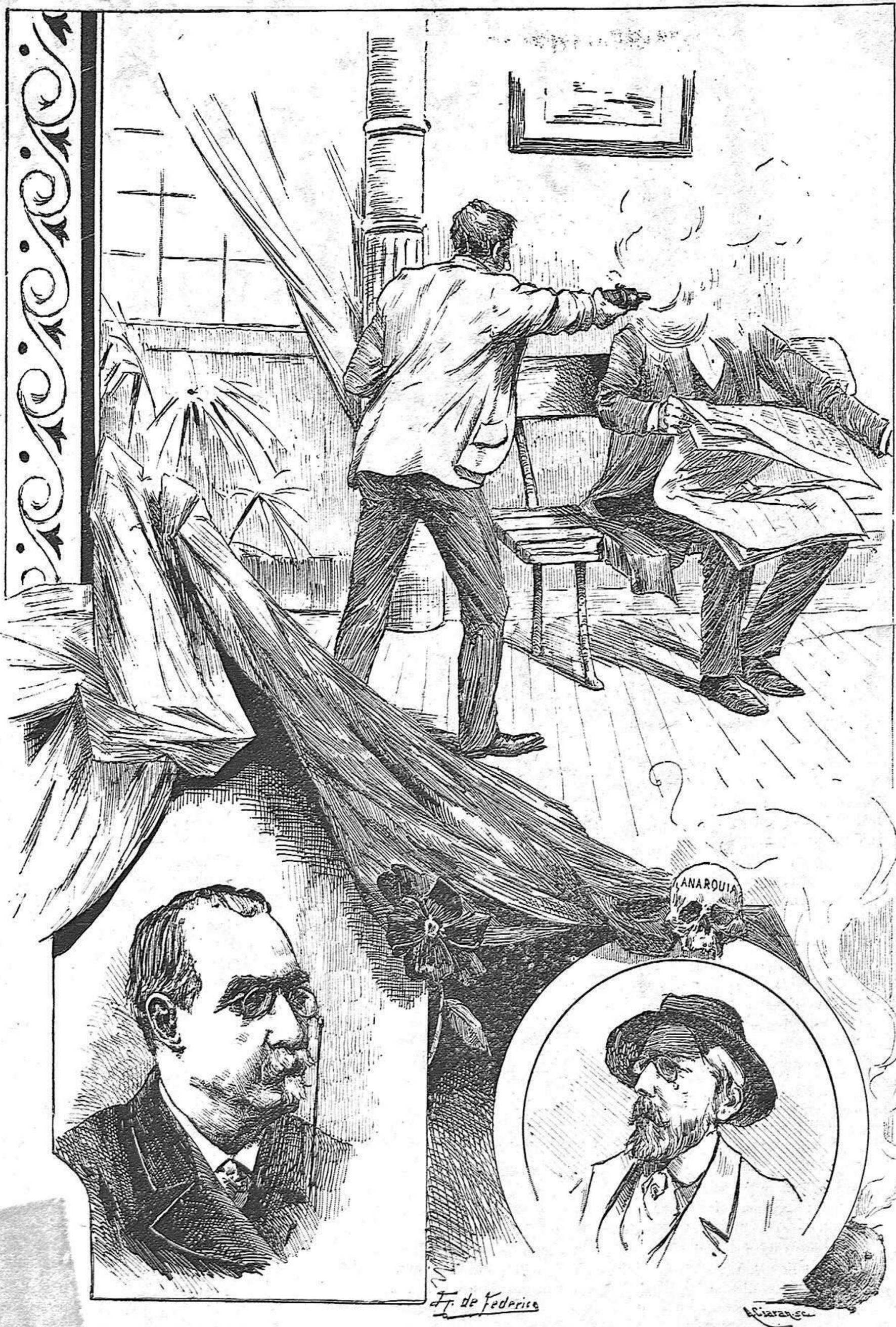
Nadie contestó; pero él terminó la historia diciendo:

—Con aquel acordeón se salvó Antoñuelo, que hoy es un buen hombre, y además se ha casado con la Paca.

Manuel de A. Tolosa.



ASESINATO DEL SR. CANOVAS DEL CASTILLO EN EL BALNEARIO DE SANTA ÁGUEDA



1. El momento del suceso.—2. La víctima.—3. El asesino.

LUZ Y SOMBRA

La sombra por el cielo se extendía
con resplandor escaso,
sereno y melancólico, en ocaso,
iba muriendo el día.

Sobre el vago crepúsculo que huía,
negra su forma recortaba el monte,
cuyas cumbres enhiestas
rematan con sus picos y sus crestas
la línea desigual del horizonte.
Y entre la obscura sombra que caía,
y el monte que siniestro la esperaba,
como la tumba, misteriosa y fría,
la noche sobre el mundo se cerraba.
Y él entonces me dijo:—¿Por qué triste
siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
cuando el cierzo despoja
sañudo al árbol de su inútil hoja,
y cuando Abril de flor los campos viste?

Y yo le respondí:—Jamás en calma
sonríe á las miserias de éste mundo,
quien con tedio profundo,
la pena y el dolor lleva en el alma.

Y él añadió:—Contempla la belleza,
contempla la alegría,
con que el mundo renueva cada día
la madre universal naturaleza.—
Y yo:—Contra la duda no hay guarida:
el hombre que probó su amargo dejo,
mientras dura la vida
no vuelve á desplegar el entrecejo.

En esa sucesión no interrumpida
que un ser en otro sin cesar convierte,
tú escuchas los alientos de la vida,
yo escucho las congojas de la muerte.—
Y él á mí:—La esperanza es luz del
[mundo:
en todo brilla su esplendor fecundo:
mientras en las regiones del ocaso
con ceño moribundo
sepulta el sol su resplandor escaso,
que extinguiéndose va de loma en loma,
tibio, dulce, tranquilo, paso á paso,
nuevo fulgor por el Oriente asoma,
extendiendo sus rasgos por la duna
como blanco cendal en muelle cuna.—
Dijo y miré.

Rayaba por Oriente
claro nimbo esplendente;
y, entre las sombras de la noche bruma,
subiendo silenciosa al horizonte,
sobre el valle y el monte
su sudario de luz tendió la luna.

Federico Balart.

EL AMOR NO PERDONA

Murió Julia maldecida
por un hombre á quien vendió;
y en el punto en que dejó
el presidio de la vida,

la dijo Dios: «¡Inconstante!
Ve al Purgatorio á sufrir,
y reza, hasta conseguir
que te perdone tu amante».

¡Oh, cuán grande es mi alegría,
dijo ella, en sufrir por él!
Quien no perdona á una infiel,

es que la ama todavía.»

Y al Purgatorio bajó
contenta, aunque condenada,
pensando que aún era amada
del hombre á quien ofendió.

Y cuando al fin, con pesar,
le dió su amante el perdón,
se le oprimió el corazón
hasta romper á llorar.

Y Julia, ya absuelta, es fama,
que llena de desconsuelo,
decía, entrando en el cielo:
«¡Me perdona!... ¡Ya no me ama!»

Ramón de Campoamor.

EL CÁNTARO

Con paso breve y gracioso
y el cántaro en la cadera,
á la fuente va la moza
más hermosa de la aldea.

Otras muchas que á por agua
llegaron antes que ella,
dejaron sus cantarillos
colocados en hilera.

Cuando les llega su turno,
todas su cántaro acercan
al ancho caño que arroja
agua cristalina y fresca.

Así que aquella termina,
otra á reemplazarla entra,
y solas ó acompañadas
se tornan á sus viviendas.

Præsto queda de la fuente
la alegre plaza desierta,
y sólo el ruido se escucha
del agua que cae con fuerza.

Esta es la vida; así el hombre,
si un deseo le atormenta
y la horrible sed le abrasa
de algo en que constante sueña,

por el desierto al cruzar
de su mísera existencia,
quizás fresca fuentecilla
sus fieros ardores templará.

Y como el hombre en la vida
siempre su cántaro lleva,
á la fuente se dirige
y del agua se aprovecha.

Pero ingrato el corazón,
cumplido al fin lo que anhela,
los beneficios olvida
y al bienhechor no recuerda;

cual las mozas del lugar
que con su vasija llegan
y de la fuente se apartan
así que el cántaro llenan.

Juan Redondo y Menduina.

CANTARES

No mereces que me vengue,
chiquilla, de tus traiciones;
por una mujer así
no debe perderse un hombre.

Pobrecita de mi vida,
no estás solita en el mundo,

porque en mi persona tienes
todos los cariños juntos.

Me dices que no me quieres
y yo te escucho llorando
la sentencia de mi muerte.

José Doz de la Rosa.

EL GONDOLERO

CANCIÓN

Yo soy el gondolero,
que en mísera barquilla
buscando voy la orilla
del lago del amor.

Mas, ¡ay!, en vano bogo
con fe que no desmaya;
desierta está la playa
que miro en derredor.

Navega, fiel barquilla,
navega sin cesar,
¿quién sabe si á la orilla
mañana llegarás?

Mi góndola es mi vida;
de un sueño tras la huella
surcando voy con ella
los mares del dolor.

Yo soy el gondolero,
venid á mi barquilla
y os mostraré la orilla
del lago del amor.

Boguemos, prenda amada;
la playa cerca está;
si salvas el escollo
la dicha encontrarás.

Manuel del Palacio.

EL RAMO DE AZAHAR

Ya has encontrado, Salud,
quien te conduzca al altar,
y al irte ayer á casar,
pregonando tu virtud
iba un ramito de azahar.

Más tu hermosura aumentaba
el traje tan esplendente
que tu cuerpo aprisionaba,
pero con rubor tu frente
hacia el suelo se inclinaba.

Me fijé al verte pasar
por mi lado, y hallé triste
tu semblante singular;
¿por qué en tu traje prendiste
ese ramito de azahar?

El casarte era tu anhelo
y al fin lo has conseguido,
pero vives sin consuelo
que, aunque eres ángel del cielo,
eres un ángel caído.

Y aunque al mundo indiferente
mostró esa flor tu inocencia,
todo ha sido inútilmente,
porque oyes constantemente
los gritos de tu conciencia.

Por el pudor que perdiste
fuiste afligida al altar,
y exclamé viéndote triste:
«Cuando la verdad no existe
sobra el ramito de azahar.»

José Sánchez González.